

2 La Navidad y un corazón como el de un niño

Dilshad Khambatta Eames

4 ¿Por qué es el Cristo el camino?

Abigail Mathieson Warrick

6 ¿Qué es la sustancia espiritual?

John Tyler

8 ¿Somos divinos?

Christine Driessen

11 “La voz interior”

James Walter

12 Oración matutina por el mundo

Silvia Inés de Virgilio

19 La amistad y la relación de trabajo son restauradas

Marisa Mónica Minatta

20 Sanado paso a paso

Jack Kavanagh

21 Protegida durante el embarazo y el parto

Tricia Rickard

23 Anunciamos el lanzamiento de la Biblia en español en Concord por primera vez

La Oficina del Representante del Editor de los

Escritos de Mary Baker Eddy

23 “Nunca ha nacido y nunca muere”

Mark Swinney

CORTOMETRAJE ESPIRITUAL

13 “Hágase tu voluntad”: Una oración activa.

Sally Haley Gladden

14 Navidad nuevamente

Mari G. de Milone

CÓMO CONOCÍ LA CIENCIA CRISTIANA

14 Conocer la Ciencia Cristiana me ayudó a vender mi departamento, y más

Agustín Francisco Cuzzani

PARA NIÑOS

15 ¡Todos oramos!

Heidi Kleinsmith Salter

PARA JÓVENES

16 La verdadera alegría de la Navidad

John Biggs

17 Curación de Covid

Hernando Pico Niño

18 El perdón lo libera del dolor

Ken Baughman

La Navidad y un corazón como el de un niño

Dilshad Khambatta Eames

Apareció primero el 22 de diciembre de 2025 como original para la Web.

Hace varios años, una temporada navideña, me sentí decepcionada al pensar que me perdería la calma tranquila y santa de la Navidad; el sentido puro de la misma que tanto amaba. Anticipando estar rodeada de un ambiente comercial y sintiendo lástima de mí misma, decidí dar un paseo y pronto me encontré en un centro comercial lleno de gente.

Al girar para salir, escuché los tonos ricos y distintivos de una trompeta tocando la primera línea del villancico “¡Los ángeles cantan!”. Escuché, y en instantes el majestuoso sonido de un octeto de metales resonó en todo el centro comercial, un hermoso villancico tras otro.

Personas de todos los ámbitos de la vida dejaron de hacer lo que estaban haciendo y se reunieron para escuchar. Familias de compradores, dueños de tiendas, vendedores con carros de mano y niños de todas las edades sentados con las piernas cruzadas en el suelo, se centraron en el conjunto y la belleza de la música.

Cuando la interpretación se detuvo, todos se dispersaron excepto una niña pequeña que permaneció quieta, concentrada en la maravilla de la música, llena del espíritu de la temporada. Su expresión alegre y su comportamiento me despertaron de la decepción que había estado sintiendo. ¿Había estado tan envuelta en mis propios pensamientos que me había olvidado de ver y apreciar lo que más amaba de la Navidad: que el Cristo universal habla en los lugares más oscuros a todo corazón que escucha?

La inocencia de esa niña fue mi regalo de Navidad. Me sacudió de una tristeza mental y de enfocarme en mí misma. Más tarde ese día me senté bajo un árbol tropical y leí varios pasajes sobre la Navidad y el Cristo eterno de los escritos de Mary Baker Eddy, la Descubridora y Fundadora de la Ciencia Cristiana. Pensando en esa niña pequeña en el centro comercial y lo maravillados

que estaban sus ojos, recordé el pensamiento puro de la Virgen María, la madre de Jesús.

Cuando el ángel Gabriel le anunció a María que daría a luz a Jesús —la expresión más elevada de la idea-Cristo en forma humana— María recibió la noticia con mansedumbre, asombro y expectación. “María, no temas, porque has hallado gracia delante de Dios. Y ahora, concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin” (Lucas 1:30-33).

Aunque el nacimiento virginal era algo que el sentido material nunca podría entender, y la mente carnal o el pensamiento mundano resistirían, incluso odiarían, María lo recibió y acogió humildemente. Con la voluntad y el asombro propio de una niña, ella abrió su corazón para recibir el amor de Dios y reconocer Su supremacía. Se llamaba a sí misma “la sierva del Señor”, y su conversación con Gabriel terminó cuando ella cedió al propósito de Dios con estas palabras amorosas: “Hágase conmigo conforme a tu palabra” (Lucas 1:38). Y después del nacimiento de Jesús, cuando Dios anunció las buenas nuevas a los pastores y vinieron a ver al bebé, María comprendió que estaba presenciando algo mucho más grande que ella misma. Ella “guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón” (Lucas 2:19).

Debido a su pureza y sentido espiritual, María vislumbró una verdad sagrada y profunda sobre la Vida como Espíritu, Dios. La Sra. Eddy lo explica de esta manera: “La iluminación del sentido espiritual de María silenció la ley material y su orden de generación y dio a luz a su hijo por revelación de la Verdad, demostrando que Dios es el Padre de los hombres. El Espíritu Santo, o Espíritu divino, cubrió con su sombra el sentido puro de la Virgen-madre con el pleno reconocimiento de que el ser es Espíritu” (*Ciencia y Salud con la Llave de las Escrituras*, pág. 29).

En su Sermón del Monte, Jesús dijo: “Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios” (Mateo 5:8). La pureza y el sentido espiritual de María le permitieron discernir al Cristo. Y el sentido espiritual que Dios nos ha dado nos permite a cada

uno de nosotros ser receptivos al Cristo eterno que habla a la consciencia humana, diciéndonos que nuestra pureza es absoluta. Esta pureza proviene del hecho espiritual de que cada uno de nosotros es el reflejo de Dios, la única Mente divina, el Amor. A medida que reconocemos y atesoramos este hecho, el Cristo se afirma en la consciencia y nos abraza en su plenitud: la unidad del bien. Su presencia invisible está aquí, ahora, llamando constantemente a la puerta del pensamiento y apareciendo con poder y gracia, diciéndonos lo que es espiritualmente verdadero y real en el universo del Amor divino.

En este mismo momento, el Cristo está atravesando el temor y el odio para hacer tangible al Espíritu Santo, o Consolador, con nosotros. La palabra *consuelo* se deriva de una palabra latina tardía que significa “fortalecer, restaurar la fortaleza, vigorizar, sanar” (merriam-webster.com). Este Consolador, que Jesús prometió, nos fortalece al revelarnos y alentarnos acerca de nuestra inmortalidad y de la relación eterna de Dios con nosotros, Sus amados hijos. Este es “Emanuel, o ‘Dios con nosotros’” (*Ciencia y Salud*, pág. xi), hoy y siempre.

En el Nuevo Testamento, el apóstol Pablo habla de “la sencillez que hay en Cristo” (2.º Corintios 11:3, KJV). Esta simplicidad es la manifestación pura y sin adulterar de Dios, libre de engaño y duplicidad. La simplicidad que está en Cristo nos libera del enredo de las tentaciones y los males mundanos, liberándonos para percibir nuestra verdadera identidad: la expresión pura del Alma.

Un testimonio reimpresso en el libro *Escritos Misceláneos 1883-1896* de la Sra. Eddy dice: “La Verdad es, y siempre ha sido, sencilla; y a causa de su absoluta sencillez, nosotros, debido a nuestro orgullo y egoísmo, no la hemos percibido”. Este testificante experimentó que Cristo, la Verdad, viene a nosotros en la “sencillez de la demostración” (pág. 469). Se manifiesta en nuestra vida diaria cuando somos receptivos a la gracia de Dios.

La oscuridad y el odio del pensamiento de Herodes han intentado burlarse, destronar y destruir al Cristo de Dios, tanto antes como después del nacimiento de Jesús. Todavía trata de hacerlo hoy. Pero “la sencillez que hay en Cristo” borra el pensamiento de Herodes, o la mente

carnal. Mantiene nuestro “ojo” solo, enfocado en Dios (véase Mateo 6:22).

¡El corazón de niño ve el bien como algo natural, y lo espera! Lejos de ser ingenuo, ese corazón es auténtico, confiado y original, arraigado en Dios. La Sra. Eddy escribe: “Los niños son más dóciles que los adultos y aprenden más fácilmente a amar las sencillas verdades que los harán felices y buenos.

“Jesús amaba a los niños por estar libres de maldad y por su receptividad al bien” (*Ciencia y Salud*, pág. 236).

Es exactamente por eso que los niños son receptivos al verdadero significado de la Navidad: la eterna manifestación del maravilloso Cristo de Dios, o la Verdad, que trae “paz, buena voluntad para con los hombres” (Lucas 2:14). A medida que fomentamos cualidades propias de un niño en nosotros mismos, nos volvemos más receptivos también.

Hace varios años, de repente me embargaron mareos, náuseas y dolor, y no podía funcionar. Yo era Lectora en mi iglesia filial de Cristo, Científico, y tenía que prepararme para dirigir la reunión de testimonios del miércoles por la noche, así que recurrí a Dios, anhelando sentir mi unidad con Él. Anhelaba sentir Su justicia, bondad y paz, y la seguridad y la curación que provienen al comprender que Él es Padre-Madre.

Lo que se me ocurrió fue defender con gratitud y alegría el trabajo que hacía al reconocer la autoridad divina para el puesto de Lectora y amar a nuestra congregación de la iglesia más que nunca. Entonces, como un niño, simplemente confié en que el Cristo me guiaría. Dejé de lado un falso sentido personal de responsabilidad; simplemente desapareció solo. Sentí mi legítima inocencia y valía. Con renovado valor me vi impulsada a prepararme para el servicio, y muy rápidamente recuperé la fuerza y la completa normalidad.

El Cristo inmortal trasciende el tiempo, el espacio, las fronteras, las culturas y todas las divisiones creadas por el hombre. Está aquí para siempre sanarnos y salvarnos de las creencias pecaminosas y materiales que el mundo pueda imponernos. Si anhelas sanar en tu vida, escucha al ángel que dice: “No temas”. Escucha al Gabriel que

te imparte individualmente el ministerio, el “siervo del Señor”. Te está diciendo lo que le dijo a María: “Porque nada hay imposible para Dios” (Lucas 1:37).

Tal vez el pensamiento puro de esa niña pequeña en el centro comercial escuchó y sintió el mismo mensaje maravilloso. El mensaje universal del Cristo habla al corazón de niño en cada uno de nosotros a través de “la sencillez que está en Cristo”. Nos hace sentir humildad, nos enternece y sana. Abre nuestros ojos al amor de Dios que todo lo incluye, trayendo paz, alegría y curación a todos.

¿Por qué es el Cristo el camino?

Abigail Mathieson Warrick

Apareció primero el 20 de marzo de 2025 como original para la Web.

Hay un anhelo perenne en la naturaleza humana de ser mejor y que nos vaya mejor. Podríamos notar que hemos sentido este impulso de manera más acentuada cuando nuestros esfuerzos por alcanzar una meta preciada parecen fracasar. Luego, a menudo nos replanteamos esos esfuerzos y hacemos las cosas de manera diferente y más eficiente. Este replanteamiento podría ampliarse aún más hacia el deseo cada vez más desinteresado de encontrar soluciones, no solo a nuestros propios problemas, sino también a problemas sociales más amplios.

En última instancia, la historia muestra que, ya sea que enfrente crisis individuales o mundiales, la humanidad se ve impulsada a responder y resolver problemas mediante el establecimiento de normas más elevadas para la humanidad, la justicia, la sabiduría y el amor. Visto de afuera, estos esfuerzos de reforma pueden parecerse a la contienda de David contra Goliath. El mal generalmente se presenta como agresivo, engañoso y alimentado por la voluntad de dominar. La bondad, por

otro lado, con su amabilidad, honestidad y generosidad, puede parecer mal equipada para enfrentar el mal. Un sentido personal del bien se ve obstaculizado adicionalmente por su propia falibilidad. El apóstol Pablo lo expresó de esta manera: “No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago” (Romanos 7:19).

El valor de la vida de Cristo Jesús es que sondeó toda la profundidad de este dilema impuesto por el mundo, reveló la verdadera fuente de las normas de justicia y amor por las que la humanidad se esfuerza, y dejó su invaluable ejemplo de cómo destruir todo mal para que nosotros lo sigamos. Escaló las complejidades de la desesperación y el engaño, la confusión y las contradicciones de un mundo afligido, oscuro y dualista. Sabía que comprender la demostración de obediencia a Dios en su vida, llevaría a la humanidad a la perfección, a la plenitud y pureza del ser que todos buscamos inherentemente. Él nos mostró enfáticamente nuestra capacidad para aplicar en nuestras vidas las leyes morales y espirituales del dominio, y la necesidad de hacerlo. Demostró el poder de estas leyes y transformó la vida humana para siempre a través de su extraordinaria curación y enseñanza.

La capacidad de trascender el pecado, la enfermedad y la muerte seguramente parecería inalcanzable, si no fuera porque Cristo Jesús nos ha mostrado cómo navegar por las empinadas pendientes y las escarpadas trampas de la existencia humana sin perder el rumbo ni rendirnos ante los amenazantes contratiempos.

Cristo Jesús apareció en la carne para mostrarnos cómo es la imagen y semejanza de Dios, en otras palabras, lo que realmente somos. Al contemplar el ejemplo de Jesús, podemos aprender a descubrir nuestra verdadera identidad y propósito. Sin su ejemplo, nos quedaríamos adivinando, a partir de la razón humana y errónea, lo que somos, agotando un sinnúmero de hipótesis equivocadas y cometiendo error tras error. Jesús nos salva de este arduo esfuerzo. Por lo tanto, seguirlo no es arduo; es la forma más sencilla y directa de llegar a la verdad.

Jesús sabía que necesitábamos su ejemplo claro e inquebrantable. Él cumplió su misión para que

nosotros pudiéramos lograr la nuestra. Al seguirle, podemos cumplir nuestro deseo innato de vivir y amar auténticamente. Podemos superar la implacable tensión entre nuestros ideales y la insuficiencia de la capacidad humana para realizarlos. Al mirar el registro de su vida, vemos que su fe y confianza jamás renunciaron al Amor. Él nos reveló que la Vida omnipresente nos empodera a cada uno de nosotros para actuar de manera eficaz conforme a nuestro deseo de tener vidas útiles y valiosas; vidas llenas de honestidad, justicia y compasión. Esta acción conduce inevitablemente más allá de la bondad humana hacia el bien perfecto que es Dios. El esfuerzo humano por sí solo es insuficiente, sin embargo, si ponemos todo nuestro corazón y fuerza en la tarea, encontraremos un impulso espiritual puro y sagrado. Esta sagrada inspiración trae consuelo a los corazones quebrantados al mismo tiempo que rompe la indiferencia que nos impediría actuar por impulso divino.

Cada uno de nosotros puede experimentar las bendiciones naturales de la belleza de la santidad. Cuando enfrentamos nuestras pruebas más grandes, es entonces cuando nos volvemos sin reserva a la única entidad que verdaderamente puede salvarnos: el Espíritu. Nos sentimos menos tentados a confiar en los poderes humanos cuando estos nos han decepcionado o en nuestras habilidades personales cuando hemos visto cuán tristemente insuficientes son para enfrentar circunstancias abrumadoras. Entonces nuestro pensamiento está abierto a grandes descubrimientos espirituales del poder y la voluntad de Dios para guiarnos, fortalecernos y salvarnos.

Esta salvación sigue siempre el camino iluminado por Cristo. Comienza con el reconocimiento de que nuestra necesidad primordial es conocer a Dios. Como lo expresó Jesús al comienzo de su fundamental Sermón del Monte: "Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos" (Mateo 5:3). A continuación, promete que Dios proveerá un Consolador, al cual aquellos que han perdido la esperanza en la vida terrenal y la alegría seguramente encontrarán. Experimentar el poder de estas reglas divinas de la creación es una bendición inagotable y un estimulante para nuestros pensamientos y actividad en la dirección correcta.

Es alentador ver que a medida que crecemos en gracia moral y espiritual, logramos liberarnos de los comportamientos y condiciones destructivas. La Ciencia detrás de la totalidad de Dios nos permite enfrentar situaciones potencialmente peligrosas con una clara confianza en la ley de armonía de Dios para mantener o restaurar la paz y la seguridad. Debemos reconocer que todos los días se nos dan valiosas lecciones de vida sobre la necesidad primordial de vivir de acuerdo con nuestra fe en Dios, el bien, si queremos comprender correctamente las leyes espirituales y aplicarlas a las exigencias endémicas de la vida material.

Cuanto más nos aferremos a las experiencias que nos enseñan a ser más desinteresados, mansos y pacientes, más capaces seremos de disolver nuestro apego a nuestra propia voluntad y percibir y ceder mejor a la voluntad, la guía y el amor universales de la Mente. Estas oportunidades van desde momentos de escuchar atentamente para saber cuándo callar o cuándo hablar, hasta demandas más grandes para sentir y conocer la presencia firme y sanadora de Dios ante la injusticia, el dolor, la violencia y el odio.

Cuando sus discípulos le preguntaron si era el hombre que había nacido ciego o los padres del hombre los que habían pecado (pensaban que alguna transgresión debía ser la razón de la discapacidad del hombre), Jesús se elevó por encima tanto del razonamiento material de los discípulos como del problema material de la ceguera (véase Juan 9:1-8). La materialidad en el pensamiento humano busca un culpable, alguien o algo a quien culpar o acusar. Pero la espiritualidad del amor desinteresado se esfuerza por bendecir a la humanidad y alabar al Amor divino. Jesús respondió desde esta base superior: "No es que pecó éste, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él".

Jesús no fue tentado para darle al mal una causa, un padre o un efecto. Cada momento era una oportunidad para conocer y servir mejor a Dios, y conocer y servir a Dios debe resultar en curación. Le pidió al hombre que se lavara los ojos en el estanque de Siloé, que se interpreta como "enviado". El hombre lo hizo y volvió viendo. Podríamos inferir del hecho de que Jesús dirigió al hombre al estanque de este nombre,

que Jesús concibió al hombre no como un mortal con impedimentos materiales y una historia, sino como la verdadera expresión de la Mente, hecha y enviada por Dios. Jesús fue capaz de percibir la verdadera naturaleza del hombre porque comprendía que Dios lo había enviado a él, y tenía la misión de revelar a Emanuel, “Dios con nosotros”.

Como registran las publicaciones periódicas de la Ciencia Cristiana, hoy en día las personas continúan sintiendo a Emanuel y siendo sanadas por esta comprensión de la presencia y el poder de Dios. Nuestras percepciones más claras de Dios llegan cuando la mente mortal —*es decir*, la materia— y sus discordias se disuelven y desaparecen, y en su lugar vemos y sentimos la paz, la salud, la integridad y el amor de la Verdad, nuestro Padre y Madre siempre presente. La misión de Jesús abordó la necesidad vital de que la humanidad reconozca que cualquier bien real que hagamos no es de origen humano, sino que, de hecho, es inspirado por Dios. La esperanza misma de que haya un mundo mejor tiene sus raíces en nuestra naturaleza divina; por lo tanto, su cumplimiento sólo se encuentra plenamente al expresar esta naturaleza. El Cristo es la luz indispensable que Dios nos da para guiar nuestro impulso natural e ineludible de conocernos a nosotros mismos y a los demás como expresiones de la Deidad con su propósito divino y su bien perpetuo.

El Cristo nos capacita para vencer la debilidad de la forma material de pensar y lograr el bien que haríamos en este mundo. La desesperada confesión de Pablo termina con su comprensión de que la clave de la vida eterna, el camino infalible para vencer el fracaso y el desaliento es reconocer que la materia no posee ni vida ni inteligencia y que el espíritu vital del Cristo bendice la vida humana apartándola de la falsa sombra de la materia y acercándola al Espíritu, la Verdad. Ningún concepto, hipótesis o invención humana tiene la sabiduría, la claridad inherente o la percepción para lograr esto sin que la luz indispensable del Cristo atraviese la consciencia ligada a la materia e ilumine nuestra naturaleza únicamente espiritual.

En respuesta a su propia súplica: “¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?”. Pablo reconoció con gratitud: “Gracias doy a Dios, por

Jesucristo Señor nuestro” (Romanos 7:24, 25); y siguió a su Ejemplo en pensamiento y obra el resto de su vida. Nosotros también podemos dar gracias a Dios, por medio de Jesucristo nuestro Señor, y caminar cada día de la manera que él señaló.

¿Qué es la sustancia espiritual?

John Tyler

Apareció primero el 29 de mayo de 2025 como original para la Web.

La Ciencia Cristiana, descubierta por Mary Baker Eddy, es cristiana en el sentido de que se basa enteramente en las enseñanzas de Cristo Jesús. Y es científica en el sentido de que tiene una lógica interna que es consistente y demostrable.

Lo que podría llamarse un vocabulario teológico cristiano ya había sido establecido en el momento del descubrimiento de Eddy. Ella se sintió impulsada a redefinir espiritualmente varios de los términos básicos de esta teología, como *Dios*, *Cristo* y *pecado*. Un término cuyo significado invirtió totalmente es la palabra *sustancia*. Una definición estándar de *sustancia* en un diccionario dice: “un tipo particular de materia con propiedades uniformes”, o “la materia física real de la que consta una persona o cosa y que tiene una presencia tangible y sólida” (Diccionario Google).

Por el contrario, en respuesta a la pregunta: “¿Qué es la sustancia?”, Eddy responde, en parte: “La sustancia es aquello que es eterno e incapaz de discordancia y decadencia. ... El Espíritu, el sinónimo de la Mente, el Alma, o Dios, es la única sustancia verdadera” (*Ciencia y Salud con la Llave de las Escrituras*, pág. 468). En otro lugar, Eddy identifica al hombre —la verdadera identidad de cada uno de nosotros— como constituido por el Espíritu (véase *Ciencia y Salud*, pág. 316)

Cuando era adolescente y estaba aprendiendo por primera vez sobre la Ciencia Cristiana, me encontré con lo que parecía ser un verdadero desafío en mi pensamiento: ¿Cómo podía comprender que yo mismo estoy constituido por el Espíritu; que mi sustancia es completamente espiritual? ¿Y qué es realmente esta sustancia espiritual?

Entonces sucedió algo extraño. Asistí a una ópera, *Madame Butterfly* de Puccini, donde fui transportado por la belleza de un aria. Solo podría describirse como celestial. Pensé que esta belleza debía ser la sustancia espiritual que estaba buscando, y los músicos la expresaron fácil y naturalmente. Era, en cierto sentido, de lo que estaban hechos, y lo expresaban con naturalidad. Parecía ser una parte inherente de su ser, algo realmente muy tangible. Sentí que esto fue un gran avance para mí, el comienzo de una mejor comprensión de este concepto.

Tiempo después, en mi clase de geometría del bachillerato, me di cuenta de la lógica simple de lo que estábamos estudiando: el teorema de Pitágoras. El razonamiento detrás de esto es muy sólido. Comencé a ver que mi comprensión de esta lógica era parte de mi sustancia espiritual, el material del que estoy hecho.

En otro momento, recuerdo que me sorprendió cuando vi a mi tía en la caja de un supermercado ofreciéndose a ayudar con el pago a una vecina cuando la vecina descubrió que no tenía suficiente efectivo para pagar sus comestibles. Sentí que podía reconocer que su generosidad era parte de la esencia espiritual de mi tía. Era parte de su verdadera identidad como creación de Dios, del Espíritu.

Poco a poco, me fui dando cuenta del hecho de que la verdadera sustancia no es ni materia ni un conjunto blando de valores morales, sino algo... bueno, sustancial. Algo real, tangible y sólido. Algo a lo que Eddy se refería como la esencia de nuestro ser.

Ahora agrega a este cuadro la comprensión de que Dios, nuestro Padre-Madre, es la fuente de la armonía, la inteligencia y la generosidad, y las proporciona constantemente a toda Su creación. Se podría decir que

Dios las incorporó en la verdadera identidad de cada uno de nosotros.

No hace mucho, me rompí la pierna. Fue una pequeña pausa y la curación no tardó mucho. Luego, tan solo unos meses después, mientras andaba en bicicleta, me “abrieron la puerta”: un conductor abrió la puerta de su automóvil justo cuando yo pasaba. Volé por encima de la puerta y me rompí la otra pierna.

No puedo decir que recibí con beneplácito esta secuencia de eventos, pero sentí que era una clara llamada de atención. El pensamiento materialista — una visión de la vida como algo físico — me veía vulnerable, hecho de una sustancia frágil. Claramente, necesitaba obtener una comprensión más espiritual de mi verdadera identidad, que estaba hecho de la sustancia indestructible del Espíritu.

Fue una oportunidad para mí de corregir mi comprensión de mi verdadero ser. Empezaba a entender que yo mismo estaba hecho exclusivamente de sustancia espiritual. Y ahora estaba mentalmente preparado para sanar este problema mediante la oración.

Comencé reconociendo que estaba hecho de cualidades divinas, cualidades que existen independientemente de cualquier estructura material. Después del segundo incidente, me hicieron una radiografía de la pierna y me colocaron el hueso en su lugar. Pero en mi pensamiento, oré para profundizar mi comprensión de mí mismo, no solo que estaba hecho de la sustancia indestructible de la bondad, la honestidad y la sabiduría, sino que también vivía en el reino de los cielos, donde la sustancia de esas cualidades se renovaba constantemente.

Razoné que las cualidades espirituales de las que estaba constituido —bondad, compasión, valor moral y muchas otras— no solo estaban intactas, sino que eran inquebrantables. Tienen su origen en Dios. Al ser hechas por Dios, son mantenidas por Dios.

Me llamó la atención que tuve la oportunidad durante este período de oración de redefinirme mentalmente. Aunque pueda parecer egoísta identificarnos con estas nobles cualidades que son el material del que todos

estamos verdaderamente hechos —la sustancia pura y espiritual— este es el modelo que Jesús estableció para sus estudiantes: identificarse a sí mismos y a los demás como hijos de Dios. Él dijo: “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mateo 5:48). Así es exactamente como me esforcé por identificarme a mí mismo, como todos los individuos pueden identificarse correctamente: totalmente uno con nuestro perfecto Padre-Madre Dios.

El ortopedista que me atendía me dijo en nuestra segunda reunión que nunca había visto una curación tan rápida como esta. Muy pronto mi pierna se sanó por completo y pude reanudar toda actividad normal.

Todavía estoy en el proceso diario, momento a momento, de definirme espiritualmente. Pero es maravilloso saber que la sustancia de la que todos estamos hechos es eternamente espiritual y perfecta.

¿Somos divinos?

Christine Driessen

Apareció primero el 16 de julio de 2025 como original para la Web.

Un número cada vez mayor de personas está empezando a reconocer que el hombre es más de lo que las ciencias materiales lo hacen parecer; que nuestra verdadera naturaleza es en realidad espiritual y buena, un reflejo de lo divino, que trasciende lo que los sentidos físicos informan sobre nosotros. Esta comprensión plantea profundas preguntas: ¿Qué significa ser *espiritual*? ¿Cuál es la fuente del *bien*? y ¿Qué es lo *divino*?

Mary Baker Eddy, la Descubridora de la Ciencia Cristiana, encontró que a medida que evolucionaba su comprensión de lo *espiritual*, lo *bueno* y lo *divino*, también lo hacía su capacidad para sanar a las personas de los desafíos físicos, mentales, morales y

de otro tipo, y para hacerlo con certeza científica. No obstante, eso significaba renunciar a gran parte de lo que había aprendido de la religión tradicional, las ciencias materiales y los cinco sentidos físicos. En cambio, era necesario desarrollar un sentido espiritual o comprensión de quiénes somos realmente.

Las respuestas comenzaron a revelarse para ella después de que fue sanada de lesiones que amenazaban su vida, solo a través de la oración y al meditar sobre las enseñanzas y obras de curación de Cristo Jesús en la Biblia. Para comprender cómo había ocurrido la curación, ella dedicó los siguientes tres años al estudio profundo de las Escrituras. Un enfoque particular fueron las dos historias opuestas de la creación, Génesis 1, el relato espiritual, y Génesis 2 y 3, el relato material. Debido a que estos registros se niegan mutuamente, estaba claro que solo uno de ellos podía ser verdadero.

Génesis 1 dice que hay un solo creador —Dios, el Espíritu— que crea todo el universo y todo lo que hay en él espiritualmente, y que todo lo que Dios hace es muy bueno. También dice que Dios crea al hombre —varón y mujer— a la imagen y semejanza divinas y lo bendice, haciendo que manifieste Su poder.

Génesis 2 y 3, por otro lado, contienen la alegoría de un dios semejante al hombre y una creación fallida. Adán y Eva están formados materialmente y son capaces de pensar y actuar independientemente de su creador. En consecuencia, cuando la serpiente (los sentidos físicos o el sentido personal) los seduce para que crean que ellos mismos podrían ser dioses y beneficiarse al creer en otro poder llamado mal, son finalmente maldecidos para sufrir durante toda la vida. Esto es exactamente lo opuesto al hombre y la mujer de la creación del Espíritu, y totalmente contrario al mensaje de la Biblia en su conjunto, que enseña que Dios, el Espíritu, es el único que crea y tiene poder.

Ciencia y Salud con la Llave de las Escrituras, de Mary Baker Eddy, declara: “El primer registro atribuye todo el poder y gobierno a Dios, y dota al hombre de la perfección y el poder de Dios. El segundo registro es la crónica del hombre como mutable y mortal, —como habiéndose separado de la Deidad y como girando en una órbita propia—” (pág. 522). De hecho, puesto que Dios es el

bien infinito, en realidad, cada uno de nosotros refleja sólo el bien.

Además, Eclesiastés 3:14 dice que todo lo que Dios hace es para siempre, y no se le puede añadir ni quitar nada. Por lo tanto, ningún mal, como la enfermedad, el odio o la deshonestidad, puede añadirse a la creación de Dios, ni se pueden quitar de ella cualidades espirituales como la salud, la fortaleza, la sabiduría o la compasión. Y esto es cierto acerca de cada uno de nosotros eternamente.

Pero los sentidos materiales siempre nos tentarían a creer que el segundo relato de la creación es verdadero, que podríamos ser creadores y la fuente del bien, o incluso que podríamos ser dioses poderosos por derecho propio. Esto parece engañosamente plausible cuando tenemos éxito y las cosas nos van bien materialmente (un buen trabajo, hogar hermoso, relaciones satisfactorias) hasta que las cosas comienzan a desmoronarse, lo que finalmente siempre parece suceder en la experiencia humana. En la verdadera creación espiritual, el bien es infinito y eterno. No se puede perder ni disminuir.

Y esto nos lleva al segundo punto. ¿Qué es el *bien* y de dónde proviene? Cristo Jesús lo explica muy claramente. La Biblia nos dice que él era el Hijo de Dios, el Mesías o Salvador que Dios envió para librar a la humanidad del pecado y el sufrimiento; que él era inmaculado, puro, compasivo y humilde; que sanó toda clase de enfermedades, resucitó a los muertos, calmó las tormentas, alimentó a miles con solo unos pocos panes y peces, y venció incluso a su propia muerte.

Sin embargo, a pesar de todas estas buenas cualidades y logros, Jesús dijo: “¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno sino uno: Dios” (Mateo 19:17). También dijo: “No puedo yo hacer nada por mí mismo.... El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha” (Juan 5:30; 6:63).

Jesús siempre hizo la distinción entre él y su Padre, Dios, la verdadera fuente del bien. Jesús reflejó esa bondad sin medida, pero no era la fuente de ella. Y puesto que el bien viene de Dios, debe bendecir a todos; debe ser confiable, estar siempre presente y satisfacer todas las necesidades humanas; a diferencia del “bien” que se origina en la materia o en las mentes humanas

y que puede ser pervertido, perdido o socavado. Dios, el bien, es el único poder, por lo que no puede haber oposición a la bondad de Dios.

Pero ¿no era Jesús divino? ¿Y qué significa ser divino?

La definición primaria de *divino* solo se refiere al Dios único y Sus atributos y poder únicos. Jesús no era divino, en este sentido, porque no era Dios. El Dios infinito nunca pudo estar “en” un hombre finito, pero la naturaleza de Dios se manifestó únicamente a través de Cristo Jesús porque él era el Hijo “unigénito” del Padre. El suyo fue un nacimiento virginal a través del Espíritu Santo, no a través de la procreación humana.

Jesús manifestó la naturaleza divina a través de su obediencia inquebrantable a la ley de Dios, lo que le permitió reflejar el poder divino, redimir a las personas del pecado y el sufrimiento al despertarlas a su verdadera naturaleza espiritual. *Ciencia y Salud* explica: “El Cristo era el Espíritu al que Jesús aludió en sus propias declaraciones: ‘Yo soy el camino, y la verdad, y la vida’; ‘Yo y el Padre uno somos’. Este Cristo, o divinidad del hombre Jesús, era su naturaleza divina, la santidad que lo animaba” (pág. 26).

Es tentador creer que cuando Cristo Jesús dijo: “Yo y el Padre uno somos”, quería decir que él era Dios. Pero en el Evangelio de Juan él dice: “Mas no ruego solamente por estos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste” (17:20, 21). No se refería a la unidad física, sino a la unidad espiritual.

Si ser uno con Dios significaba que Jesús *era* Dios, entonces eso nos convertiría a todos en dioses. Sin embargo, él enseñó y vivió el Primer y el Segundo Mandamiento: que no debemos tener otros dioses además del único e infinito Espíritu, y que no debemos adorar a nada ni a nadie más.

La Sra. Eddy explica: “Si decimos que el sol representa a Dios, entonces todos sus rayos colectivamente representan al Cristo, y cada rayo por separado, a hombres y mujeres. Dios el Padre es mayor que Cristo, pero el Cristo es ‘uno con el Padre’ y así se explica

científicamente el misterio. No puede haber más de un Cristo” (*La Primera Iglesia de Cristo, Científico, y Miscelánea*, pág. 344).

Jesús demostró que somos uno con Dios porque el Espíritu es nuestra fuente, nuestro único Padre verdadero. Puesto que los sentidos materiales solo perciben la individualidad física humana y la materia, Jesús enseñó la necesidad de que cada uno de nosotros “nazca de nuevo”, no de la carne, sino del Espíritu, Dios; es decir, que nos despojemos de esa falsa sensación de una mente independiente, un cuerpo material y una personalidad humana, y en su lugar nos reconozcamos como el reflejo del Espíritu divino.

Tenemos que comprender que todo el mundo adora (honra, sirve o teme) algo. Pero ¿por qué importa lo que adoramos? Porque si lo que adoramos es humano o material, físico o sensual, siempre será dualista; incluirá tanto el bien como el mal, la salud y la enfermedad, la vida y la muerte. Siempre será variable, poco fiable, fatal.

Pero cuando reconocemos y adoramos a un solo Dios, el Espíritu, que es la fuente de todo el bien, de toda vida, de toda salud, de toda felicidad, y reconocemos que el Cristo es la verdadera idea de Dios que expresa el bien, que expresa el mensaje divino de nuestra unidad con Dios, entonces encontramos que la paz, la salud, el gozo, el dominio y la seguridad están siempre presentes, no pueden disminuir y son inmutables, indestructibles, eternamente buenos, y abrazan a toda la humanidad.

La falsa teología sugiere que, puesto que Dios es el Amor mismo, Dios es, por lo tanto, más que un buen amigo que te ama, y que también sufre contigo. Pero eso reduciría a Dios a un ser humano o incluso a un mortal. Es imposible que Dios sufra, ya que Él es el bien omnipotente, y por lo tanto es imposible que Su semejanza —el hombre espiritual— sufra. Dado que los amigos pueden cambiar y traicionar, ver a Dios de la manera en que vemos a un amigo humano —que nos ama, pero tiene una capacidad limitada para ayudar— hace que nuestra fe en Dios sea vulnerable a la duda y la confusión. Necesitamos resistir la tentación de comparar a Dios con cualquier cosa humana o de usar a Dios como una especie de “botones cósmico” a

quien llamamos para que haga nuestra voluntad o solo cuando necesitamos ayuda. Comprender a Dios como el Amor divino e infinito, que es constante y nunca deja de librarnos del sufrimiento cuando seguimos Sus mandamientos, trae paz y confianza.

La razón por la que podemos confiar en Dios para que nos libere en las situaciones más abrumadoras y aterradoras es precisamente porque Dios no es humano ni material, sino divino, el único, el absoluto, el poder supremo del universo. Dios es el Amor infinito, satisface cada necesidad de una manera que ningún poder humano o material podría hacerlo. Jesús nos instruyó a orar: “Santificado sea tu nombre” (Mateo 6:9). Al referirse a Dios, la palabra griega para *santificar* significa considerarlo como santo y digno de reverencia y admiración.

En mi propia experiencia, me habían enseñado desde la infancia a conocer a Dios, al Espíritu, como nuestro Padre-Madre Dios siempre presente, que nos cuida y nos protege. Sin embargo, a medida que comencé a lograr éxitos humanos, me vi arrastrada hacia una forma muy material de razonar mientras que al mismo tiempo pensaba: “Soy espiritual, soy buena, estoy a salvo”, etc. Asumir que podía confiar en mi propia sabiduría y talento y tomar mis propias decisiones independientemente de la ley de Dios me llevó a algunas decisiones no tan buenas (¡eufemismo!) y a un sufrimiento muy desagradable. Entonces aprendí que Dios es el gran y único “YO SOY”.

A medida que comencé a esforzarme por “nacer de nuevo” —por renunciar a un sentido material, personal o humano de quién soy— comencé a comprender que la inspiración divina solo proviene de Dios y nunca deja de guiarnos correctamente. Ha sido una lección continua, con nuevas tentaciones que aparecen en nuevas formas que me engañarían y me desorientarían haciéndome creer que podría haber muchas mentes, muchos poderes, muchos dioses. Pero cuanto más profunda se vuelve mi admiración y reverencia por Dios, y cuanto más humilde se vuelve mi obediencia a la ley de Dios, más pronto veo manifestada en mi experiencia la realidad de que hay una sola Mente divina, una ley divina que nos gobierna a todos en todo momento en completa armonía. Como dice la Sra. Eddy

en *No y Sí*, “La ley de Dios se resume en tres palabras: ‘Yo soy Todo’...” (pág. 30).

Tantas curaciones y bendiciones se han producido de cultivar la humildad de ver que no somos causa, sino más bien, cada uno somos el efecto; el efecto perfecto de una causa perfecta. No somos la Mente divina, sino más bien, somos lo que la Mente divina está conociendo —belleza, inteligencia, salud, creatividad, libertad, dominio, inocencia— manifestado continuamente como la preciosa idea espiritual de Dios. Por ser la imagen y semejanza divina de Dios, cada uno de nosotros refleja naturalmente lo divino.

“La voz interior”

James Walter

Apareció primero el 22 de septiembre de 2025 como original para la Web.

Hay una voz interior que nos guía, anima, consuela, instruye, ilumina y fortalece, y todos somos capaces de oírla. Está con nosotros todo el tiempo. Está ahí mientras planificamos nuestro día. Está ahí cuando se toman decisiones. Está ahí en los momentos de inactividad o en los momentos de mayor actividad. Muchos afirmarían que esta voz es la nuestra; lo que llamamos nuestra conciencia o intuición. Pero ¿dónde se origina realmente esta voz y cómo sabemos seguirla? ¿Procede de un cerebro material o de una mente personal —cualquiera de los cuales estaría limitado en capacidad y percepción— o proviene de una fuente superior e infalible? Estas son preguntas críticas para cada uno de nosotros, porque las respuestas dan forma a nuestra percepción de nosotros mismos y de los demás e influyen en cada una de nuestras decisiones y acciones.

En la Biblia dice: “Porque el Señor da sabiduría, de su boca vienen el conocimiento y la inteligencia” (Proverbios 2:6, LBLA). Esto indicaría que todo pensamiento correcto emana del Espíritu, Dios —del Dios omnisciente, la única Mente infinita— en

lugar de una mente humana. La Ciencia Cristiana enseña que, como expresión o idea de Dios, somos el beneficiario de Su sabiduría; en verdad, no podemos tener otros pensamientos que los Suyos, y reconocemos que provienen de Dios porque son buenos, y solo buenos. La comprensión de la fuente espiritual de todo pensamiento y entendimiento reales nos permite reconocer que la voz interior es la voz de Dios y aceptar que la fuente de los mensajes que nos guían es la Verdad y el Amor.

La Biblia está llena de ejemplos de hombres y mujeres que fueron guiados hacia la seguridad y liberados de la esclavitud del pecado, la enfermedad e incluso la muerte al prestar atención a la voz de Dios. Los profetas del Antiguo Testamento, Moisés, Jacob y Elías la escucharon. Cuando Moisés dudó de su capacidad para cumplir la misión que Dios le había dado, Dios preparó su pensamiento para hacer la obra mediante una demostración concluyente de la supremacía de la Mente divina (véase Éxodo 4:1-8).

Mary Baker Eddy escribe sobre esta experiencia en *Ciencia y Salud con la Llave de las Escrituras*: “Dios había mitigado el temor de Moisés con esta prueba en la Ciencia divina, y la voz interior vino a ser para él la voz de Dios, que dijo: ‘Si aconteciere que no te creyeren ni obedecieren a la voz de la primera señal, creerán a la voz de la postrera’” (pág. 321). El hecho de que Moisés aceptara la verdadera naturaleza de la voz interior lo acercó más a Dios y le permitió seguir fielmente Sus instrucciones.

El ejemplo más elevado de alguien que escuchó y obedeció la voz divina es Cristo Jesús. Como Hijo de Dios, era inseparable del Cristo, “la verdadera idea que proclama el bien, el divino mensaje de Dios a los hombres que habla a la consciencia humana” (*Ciencia y Salud*, pág. 332). La comunión constante de Jesús con su Padre celestial le permitió demostrar su control sobre la materia y sanar a los enfermos.

Hoy, como en todas las épocas, podemos ver evidencia de la actividad del Cristo en la experiencia humana, que nos protege del daño, nos libera de las limitaciones y enfermedades, resuelve problemas polémicos e introduce nuevas formas de pensar y actuar. Aquellos

que están dispuestos a oír la voz de Dios escuchan el mensaje divino y experimentan estas bendiciones.

Hace muchos años, tuve una experiencia que me demostró la capacidad innata que todos tenemos para escuchar a Dios y los efectos prácticos de seguir Su guía. Esto ocurrió cuando era adolescente y estaba en casa de vuelta de la universidad durante las vacaciones de verano. Una fuerte lluvia había caído en un día caluroso y húmedo. Me puse un traje de baño y salí a esa lluvia fría. Era deliciosamente refrescante. Pero después de unos minutos, algo me dijo que debía entrar de inmediato. No fue una sugerencia sutil, sino una orden inequívoca. Recibí el mensaje y corrí hacia la casa. Cuando abrí la puerta del porche, un rayo cayó sobre el árbol junto al cual había estado parado, arrancando la corteza del tronco hasta el suelo. Pero yo estaba a salvo. Para mí, esto fue una indicación definitiva de que Dios está con nosotros todo el tiempo, hablándonos siempre.

Aunque pueda parecer que otras voces ahogan la voz de la Verdad y su inspiración divina, Dios habla con infinito poder y autoridad y se escucha por encima del temor y la duda. El Cristo despierta paciente y persistentemente el pensamiento a la presencia eterna de Dios. La necesidad de ceder a este impulso divino hace que escuchar, oír y seguir la voz interior de la Verdad sea esencial para nuestro progreso.

A medida que hagamos esto, encontraremos cada vez más evidencia del poder del Espíritu en nuestra vida diaria. La Sra. Eddy nos hace entender este punto cuando dice: “Vivir de tal manera que la consciencia humana se mantenga en constante relación con lo divino, lo espiritual y lo eterno, es individualizar el poder infinito; y esto es la Ciencia Cristiana” (*La Primera Iglesia de Cristo, Científico, y Miscelánea*, pág. 160).

Mantener “la consciencia humana... en constante relación con lo divino” es una meta alcanzable, porque Dios proporciona la inspiración y la capacidad para lograrlo. Este debería ser nuestro principal esfuerzo en la vida, ya que incluye recompensas transformadoras: eleva el pensamiento por encima de las limitaciones del sentido físico y proporciona una base segura para la salud y el progreso.

Mientras nos esforzamos diariamente por escuchar la voz de Dios, es alentador recordar estas palabras del apóstol Pablo: “No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestra mente, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta” (Romanos 12:2, KJV). La renovación de nuestra mente implica hacer el cambio fundamental de apartarse de la creencia de que el cerebro es la base de la actividad mental hasta llegar a la comprensión espiritual de que la Mente incorpórea y divina es la única Mente.

Cuando se produce este cambio, la voz interior se ve cada vez menos como nuestro propio pensamiento y reflexión, y se entiende cada vez más como la voz guía del Amor divino, que nos lleva a “la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta”. Todos nosotros, sin excepción, hemos sido dotados de la capacidad plena e inalienable de escuchar el mensaje del Amor y recibir su bendición.

Oración matutina por el mundo

Silvia Inés de Virgilio

Apareció primero el 29 de septiembre de 2025 como original para la Web. Original en español

Todas las mañanas oro por mí y por el mundo. Ni bien me despierto, digo la “Oración Diaria” del *Manual de La Iglesia Madre*, escrito por Mary Baker Eddy: “Venga Tu reino”; haz que el reino de la Verdad, la Vida y el Amor divinos se establezca en mí, y quita de mí todo pecado; ¡y que Tu Palabra fecunde los afectos de toda la humanidad, y los gobierne!” (pág. 41).

Entonces a menudo razono así: Si el reino de la Vida, la Verdad y el Amor está establecido en mí, también está establecido en el mundo, porque Dios es Vida, Verdad y Amor y es Todo-en-todo. Por lo tanto, no hay lugar que Dios, la Vida infinita, no llene. No hay mentiras,

ni traiciones, ni guerras, ni estratagemas que la Verdad infinita no destruya. No hay odio que el Amor infinito no disuelva.

El reino de la Vida, la Verdad y el Amor ya está establecido como la realidad espiritual: la única realidad. Cuando digo, “quita de mí todo pecado”, le estoy pidiendo a Dios que quite de mí todo concepto erróneo, toda niebla u oscuridad que no me deje ver la luz de la Verdad. De esta forma, la Palabra de Dios gobierna mi pensamiento, eliminando la duda, la tristeza, la ignorancia y la apatía.

Me mantengo alerta durante todo el día a los pensamientos de incertidumbre, temor o angustia que me llegan. Al seleccionar y admitir solo los pensamientos que provienen de Dios, el bien, no me dejo engañar por la discriminación, el racismo, la intolerancia o la violencia, sabiendo que estos errores no me pertenecen a mí ni a mi prójimo, porque no son de Dios. Orando de esta manera, no estoy suplicando a un dios semihumano, sino escuchando al único Dios inmortal que es todo Amor, todo Vida, todo Verdad; es decir, el bien omnipotente, omnisciente y omniactivo. Esta oración constante cambia nuestra visión del mundo que nos rodea para que podamos verlo con la luz del Cristo. Y esta luz del Cristo tiene un efecto sanador en el mundo. Poco a poco, las relaciones se vuelven más armoniosas y los conflictos en el mundo disminuyen a medida que más personas y líderes bregan por la paz y la unidad.

CORTOMETRAJE ESPIRITUAL

“Hágase tu voluntad”: Una oración activa.

Sally Haley Gladden

Apareció primero el 11 de agosto de 2025 como original para la Web.

Cada mañana, trato de orar enfocándome en Dios, el bien, y en lo que es verdad acerca de mí y el mundo. Hace unos días, me desperté con la repetición de esta línea del Padre Nuestro como si me hablaran: “Hágase tu voluntad” (Mateo 6:10). Vino con tanta fuerza que no pude pasarla por alto. Parecía ser el mensaje que necesitaba recordar: que mi propósito es hacer lo que Dios me guía a hacer.

Al comenzar mi día, me di cuenta de que este mensaje se aplicaba a mi trabajo. Me había estado sintiendo desanimada e incluso abrumada por las diferentes tareas con las que estaba lidiando. Con todo el trabajo que había que hacer, sentía que no tenía suficiente tiempo para orar.

Como estudiante de la Ciencia Cristiana, me encanta leer y estudiar la Santa Biblia y el libro de texto de la Ciencia Cristiana, *Ciencia y Salud con la Llave de las Escrituras*, de Mary Baker Eddy. La orientación que recibo cada vez que reflexiono sobre estos libros me ayuda a encontrar respuestas motivantes; algunas de las cuales me inspiran incluso mientras descanso. Así que cuando literalmente me despertó el mensaje “Hágase tu voluntad”, me sentí increíblemente agradecida de escuchar lo que Dios quería que hiciera. Para mí significaba “¡Detente!” —Deja de preocuparte, temer y dudar de ti misma.

No estaba sola luchando con demasiadas tareas difíciles. Comencé a orar para saber que, como hija única y amada de Dios, tengo todo lo que necesito a cada momento para mostrar mi amor por nuestro Padre-Madre Dios y todos Sus hijos.

Ese día en el trabajo, me dieron otros dos proyectos grandes. ¡Gracias a Dios que mi oración matutina me había preparado para este momento! En lugar de sentir temor o duda sobre cómo lograría hacer todo, oré en silencio: “Dios me está guiando a mí y a todos los colegas de mi oficina. Él está dirigiendo nuestros caminos y guiando nuestro trabajo”. Sabía que cada tarea se llevaría a cabo con gracia y profesionalismo en beneficio de todos. Y eso es exactamente lo que sucedió.

Pude trabajar en cada proyecto con destreza, con alegría y amor por el trabajo. Y a medida que mi función y mis responsabilidades han ido en aumento, he estado muy

agradecida por la fortaleza que estas oraciones me han brindado en mi trabajo y en mi vida.

Mari G. de Milone

CÓMO CONOCÍ LA CIENCIA CRISTIANA

Navidad nuevamente

Mari G. de Milone

Apareció primero el 1º de diciembre de 2025 como original para la Web.Original en español

Por un momento, el mundo parece detenerse;
y un resplandor sereno y apacible
acaricia el ambiente.

Es como si la paz, tan anhelada,
se volviera tangible.

Por un momento, el mundo
se detiene realmente.

Todo porque una vez,
dos mil años ya hace,
en la forma de un niño
llegó a la tierra el divino mensaje:

“Gloria a Dios en los cielos,
y haya en la tierra paz,

y buena voluntad entre los hombres”.¹

Y aunque la humanidad sigue en la búsqueda
de algo que ya posee,
el Cristo, el mensaje de paz que Dios enviara,
está siempre presente.

Atravesando el peso de los siglos,
continúa diciendo

de una manera tierna y compasiva
que en todos los idiomas se comprende,
que despeja las nubes de tristeza,
de enfermedad, de indefensión, de miedo:

“Yo estoy contigo siempre,
hasta el fin de los tiempos”.^{* 2}

1: Lucas 2:14.

2: Mateo 28:20 (Según Nueva Traducción Viviente).

Conocer la Ciencia Cristiana me ayudó a vender mi departamento, y más

Agustín Francisco Cuzzani

Apareció primero el 6 de octubre de 2025 como original para la Web.Original en español

En 2014, mi hermano y yo heredamos un departamento que había pertenecido a nuestra madre. Decidimos venderlo y nos pusimos en contacto con una agencia inmobiliaria. Sin embargo, Argentina estaba pasando por una crisis financiera en ese momento y era muy difícil vender una propiedad aquí. Así que incluso después de un año en el mercado, el departamento no se había vendido.

Fue entonces cuando conocí a una Científica Cristiana a través de un amigo en común. Yo era bastante reacio a todo lo religioso; para mí Dios estaba muy distante. Pero cuando esta mujer comenzó a hablarme de la Ciencia Cristiana, me interesé. Le conté sobre el departamento que no habíamos podido vender, y ella me dio un versículo de la Biblia para que leyera: “Ensancha el sitio de tu tienda, y las cortinas de tus habitaciones sean extendidas; no seas escasa; alarga tus cuerdas, y refuerza tus estacas” (Isaías 54:2). Esto me inspiró a expandir mi conocimiento de Dios.

Mi nueva amiga se ofreció a orar por la situación de la propiedad. Aunque era escéptico, me impresionó su confianza en Dios, así que acepté la oferta.

Dos días después, alguien tocó el timbre del edificio de departamentos y preguntó si había alguno en venta. Esa persona finalmente se puso en contacto con nosotros y nos ofreció mucho más que el precio que pedíamos

por la propiedad. Se lo comunicamos a la inmobiliaria y nos dijeron que no necesitaban recibir una comisión porque nosotros habíamos hecho todo el trabajo. El departamento se vendió sin ningún problema.

Fue entonces que me interesé realmente en la Ciencia Cristiana. Cuando comencé a leer *Ciencia y Salud con la Llave de las Escrituras* de Mary Baker Eddy, vi demostraciones de la eficacia de esta Ciencia. En las reuniones de testimonios en la sociedad de la Ciencia Cristiana local, escuché acerca de las curaciones que otros habían experimentado. Me sané de un caso muy grave de gripe solo a través de la oración. Y experimenté una gran protección durante la pandemia de Covid 19. “La declaración científica del ser” (Véase *Ciencia y Salud*, pág. 468), que explica que el hombre es la manifestación de Dios y es espiritual, no material, me dio una nueva perspectiva sobre la religión. Me di cuenta de que muchas de las cosas que estaba aprendiendo de este libro eran lo que siempre había creído.

A partir de entonces, estudié la Lección Bíblica semanal que se publica en el *Cuaderno Trimestral de la Ciencia Cristiana*, todos los días y asistí a los servicios de la sociedad de la Ciencia Cristiana en Buenos Aires. Ahora soy miembro de la sociedad y formo parte de su comisión directiva. La Ciencia Cristiana se ha convertido en mi forma de vida. Me ha enseñado que Dios, el Amor infinito, es puro y perfecto, y que reflejamos la bondad de Dios. Por lo tanto, no podemos tener nada desemejante a Él. El mal, la enfermedad o la falta de armonía son irreales; son una falsa sugestión mental que puede ser corregida por la verdad acerca de Dios y el hombre, con resultados sanadores.

La Ciencia Cristiana me ha traído muchas bendiciones, incluyendo la buena salud. También la amiga que me introdujo a la Ciencia Cristiana se convirtió en mi esposa hace nueve años. Estoy profundamente agradecido y me he dedicado a la Ciencia Cristiana en todo lo que puedo.

¡Todos oramos!

Heidi Kleinsmith Salter

Apareció primero el 30 de septiembre de 2024 como original para la Web.

La abuela y el abuelo tenían una linda perrita llamada Susie. A todos les gustaba jugar con ella y acariciarla.

Una calurosa y soleada tarde de domingo, mi familia (padres, abuelos, primos, tías y tíos) estaban de visita y jugando en el patio trasero. De repente nos dimos cuenta de que no sabíamos dónde estaba Susie. Miramos por todo el patio y la llamamos por su nombre. Incluso preguntamos a los vecinos si la habían visto. Pero no pudimos encontrarla por ningún lado.

Después de haber buscado durante unos veinte minutos, uno de los niños miró debajo del porche. Oímos un grito de alegría: “¡Encontré a Susie!”.

Susie había hallado un lugar fresco y agradable para protegerse del calor y el sol, y se había acurrucado para tomar una siesta. Cuando salió arrastrándose, estaba perfectamente bien; solo un poco sucia. La cepillamos, le dimos un poco de agua y le dijimos que estábamos muy contentos de que estuviera a salvo.

Entonces empezamos a hablar de cómo habíamos orado mientras buscábamos a Susie. Esa mañana, en la iglesia y en la Escuela Dominical de la Ciencia Cristiana, todos habíamos oído hablar de siete nombres para Dios: “Principio; Mente; Alma; Espíritu; Vida; Verdad; Amor” (Mary Baker Eddy, *Ciencia y Salud con la Llave de las Escrituras*, pág. 587).

Una persona dijo: “Estaba pensando en que Dios es Amor. Así que no importaba dónde estuviera, Susie era amada y cuidada”.

Otra persona dijo: “Estaba pensando en Dios como Mente, y que podíamos escuchar a Dios para obtener buenas ideas sobre dónde buscar a Susie”.

Alguien más compartió: “Estaba pensando en que Dios es la Verdad, y que Él guiaría a cualquiera que pudiera encontrar a Susie para que nos la devolviera”.

Toda la familia, desde los niños hasta los adultos, había orado. Y los muchos nombres de Dios nos ayudaron a cada uno de nosotros a orar a nuestra manera para sentirnos consolados, ¡y para encontrar a Susie!

Los nombres de Dios nos ayudan a conocerlo mejor. Entonces podemos sentir a nuestro Padre-Madre Dios con nosotros siempre, cuidándonos, dándonos buenas ideas y guiándonos en la dirección correcta.

PARA JÓVENES

La verdadera alegría de la Navidad

John Biggs

Apareció primero el 22 de diciembre de 2025 como original para la Web.

Cada dos años, parte de mi familia se reúne para celebrar anticipadamente la Navidad. Tenemos hermosas luces navideñas, comida deliciosa, juegos divertidos y, por supuesto, mucha conversación y conexión. Es esa conexión, tan bellamente representada por la primera Navidad en la reunión de los pastores, Reyes Magos, animales y un dulce bebé, lo que realmente me encanta.

No obstante, un año, cuando comenzamos el largo viaje hacia la celebración, no me sentía bien. El viaje progresaba, pero yo no. Parecía que no podría pasar mucho tiempo conectándome con nadie. Además de no sentirme bien, estaba algo confundido, lo que no me permitía pensar con claridad. Esto me preocupaba mucho porque quería pensar con suficiente lucidez como para orar por mí mismo.

Algo que realmente aprecio de la oración es que no importa cómo sea tu oración, siempre te reorienta hacia

Dios, y así es como se produce la curación. Cristo Jesús, cuyo nacimiento íbamos a celebrar durante esta visita navideña, nos enseñó a todos a orar cuando nos dio el Padre Nuestro, y me encanta cómo comienza la oración identificando a Dios como nuestro Padre. Nuestro Padre sigue siendo nuestro Padre cualquiera sea la situación en la que nos encontremos. Ese es un hecho firme e inspirador en el que podemos apoyarnos.

Pero en ese momento, sentí que no podía pensar mucho en mi Padre. A medida que me entristecía cada vez más por esto, me quedaba más callado. Y se me ocurrió una idea muy reconfortante: Simplemente agradece a Dios.

Me aferré a esta idea, amando su ternura y simplicidad. También aprecié que no fuera complicado; fue un recordatorio de que podía amar a Dios. Después de todo, ¡Él ciertamente me ama! Y recordé que la Biblia nos dice: “Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero” (1.º Juan 4:19). Amar a Dios, dar gracias a Dios, es expresar y participar en Su amor.

Logré dejar de preocuparme por cómo podría ser esta visita navideña si yo seguía mal. En cambio, me quedé en el presente, solo pensando en la naturaleza de Dios. Mientras agradecía por las cosas que sé sobre Dios — que Él es bueno, cuánto nos ama a todos, cuán clara es Su comunicación— también comencé a ver que todo lo que es verdad acerca de Dios también debe ser verdad acerca de mí. Esto tenía sentido para mí, porque la naturaleza de Dios como el único creador significa que toda la creación debe expresarlo.

Me encanta la forma en que Mary Baker Eddy, la mujer que descubrió la Ciencia detrás de las enseñanzas y curaciones de Jesús, lo expresa: “El Alma, o el Espíritu, es Dios, inmutable y eterna; y el hombre coexiste con el Alma, Dios, y la refleja porque el hombre es la imagen de Dios” (*Ciencia y Salud con la Llave de las Escrituras*, pág. 120). La gratitud a Dios me estaba mostrando más claramente lo que Dios es y, por extensión, quién y qué soy yo.

El viaje y el día estaban terminando, y sentía la dulce certeza de que todo estaba bien. Dios es bueno, y Su creación refleja naturalmente esa bondad. Así como padres, pastores y Reyes Magos humildes y atentos recibieron a Jesús, yo estaba recibiendo con agrado a esta idea sanadora, que expresa al Cristo, de que

podía estar agradecido por el buen trabajo que Dios ya ha hecho al crearme infaliblemente saludable. Y pude comprender que la curación nunca había tenido que ver conmigo; la obra de Dios simplemente se reveló de una manera nueva al volverme a Dios y amarlo.

Para cuando llegamos a nuestro destino, estaba sano y disfruté de una encantadora reunión con la familia. Y la conexión que tanto valoraba con los miembros de mi familia fue un verdadero regalo; una forma maravillosa de apreciar mi propia y eterna unidad, y la de todos, con Dios.

Como aprendí esa Navidad, ¡es una alegría amar a Dios!

Curación de Covid

Hernando Pico Niño

Apareció primero el 25 de agosto de 2025 como original para la Web.Original en español

Hace cinco años, sentí como si hubiera nacido de nuevo. Como le ocurrió al patriarca bíblico Jacob, mi vida fue preservada y fui renovado por completo.

La circunstancia que precipitó este renacimiento espiritual ocurrió cuando mis parientes estaban celebrando las fiestas navideñas conmigo. Yo tenía algunos síntomas de enfermedad, y mi hija menor, que estaba a punto de graduarse de la universidad como enfermera médica, sospechó que estos estaban relacionados con el Covid.

De inmediato, me hizo una cita en el Ministerio de Salud Pública para que me hicieran la prueba del virus. Di positivo. De acuerdo con las leyes de mi país, permanecí aislado en casa con mi esposa y mis dos hijos.

Con la expectativa de sanar, le pedí a una practicante de la Ciencia Cristiana un tratamiento metafísico. He sido Científico Cristiano por más de 27 años y he tenido muchas curaciones como resultado de la oración, así que tenía razones para confiar en Dios como mi único

médico. No busqué ayuda en la medicina. Recordé las muchas veces en que, al volverme a Dios como se enseña en la Ciencia Cristiana, había superado problemas difíciles de salud, relaciones y economía, por lo que mi confianza en Dios era muy fuerte.

La practicante compartió conmigo muchos pasajes de la Biblia y del libro de texto de la Ciencia Cristiana, *Ciencia y Salud con la Llave de las Escrituras*, de Mary Baker Eddy. Sus oraciones diarias y su aliento fueron un gran apoyo y me fortalecieron espiritualmente. Comencé a sentir mi unidad con Dios y que *nada* podía separarme de Él y de la salud y la bondad que Él imparte.

En el tiempo que siguió, los síntomas fueron agresivos, pero persistí en la oración. Aproveché los períodos en los que sentía alivio para orar y estudiar la Biblia y los escritos de la Sra. Eddy.

Entre los muchos pasajes útiles se encontraba el siguiente de la Biblia: “Despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (Efesios 4:22-24). Aunque había leído este pasaje muchas veces a lo largo de los años, me di cuenta de que me estaba identificando como un mortal en lucha, y necesitaba una mejor comprensión de mi individualidad real y espiritual, que está libre de enfermedades y de las limitaciones de la materia. En otras palabras, la gran necesidad era despertar a la verdad de que soy completamente espiritual —todos lo somos— creado a imagen y semejanza de Dios, ya que esta comprensión nos da dominio sobre la creencia de la enfermedad.

El momento decisivo fue cuando renuncié a todo sentido personal de responsabilidad por la curación. Cristo Jesús, el sanador más grande que el mundo ha conocido, dijo: “No puedo yo hacer nada por mí mismo” (Juan 5:30), y reconoció que su Padre celestial “hace las obras” (Juan 14:10). El apóstol Pablo, al explicar cómo fue capaz de sanar y superar severas pruebas y tentaciones, explicó: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Filipenses 4:13).

El Cristo, tal como se define en la Ciencia Cristiana, es la Verdad eterna y divina que Jesús vivió y practicó; el

Cristo es “la divina manifestación de Dios, que viene a la carne para destruir el error encarnado” (*Ciencia y Salud*, pág. 583). Sentí que el Cristo, la Verdad, iluminaba mi consciencia y ahuyentaba los errores del temor y la enfermedad.

Lenta pero firmemente, comencé a recuperar mis fuerzas. Mi respiración se normalizó y recuperé el apetito. Finalmente, volví por completo a todas mis actividades físicas, incluidos mis deportes favoritos. Desde entonces, me he mantenido completamente libre. Esta experiencia me hace pensar en estas palabras: “Cuando despertemos a la verdad del ser, toda enfermedad, dolor, debilidad, cansancio, pesar, pecado, muerte serán desconocidos y el sueño mortal cesará para siempre” (*Ciencia y Salud*, págs. 218-219). Estoy infinitamente agradecido a Dios por la práctica de la Ciencia Cristiana y por esta curación que me sacó de la oscuridad a la luz.

Hernando Pico Niño

Bogotá, Colombia

El perdón lo libera del dolor

Ken Baughman

Apareció primero el 30 de junio de 2025 como original para la Web.

Hace varios años, en un fresco fin de semana de otoño, fui con un amigo a dar un paseo en bicicleta de montaña. La primera sección del sendero estaba resbaladiza, con una capa de hojas recién caídas que cubrían el suelo y ocultaban raíces y rocas. Mientras descendía lentamente una colina, mi rueda delantera golpeó uno de esos obstáculos ocultos y me caí. El impacto en mi rodilla fue muy doloroso, pero también me sentí tonto por caerme mientras avanzaba lentamente. Aunque debería haber recurrido a la oración de inmediato, simplemente hice a un lado el incidente y disfruté

el resto de nuestro viaje a través del bosque otoñal mientras el dolor se desvanecía.

No obstante, veinticuatro horas después, el dolor había regresado y me costaba caminar. Comencé a orar con fervor. Pude llegar a mi oficina el lunes, pero no sentí mucha mejoría física. Después de un día de trabajo, salí de la oficina y empecé a caminar hacia la estación de tren.

Al cruzar la calle, un conductor que estaba haciendo un giro en U me golpeó y luego se alejó a toda velocidad. Me resulta natural acudir a Dios en busca de inspiración, guía y curación en momentos de necesidad, así que eso es lo que quería hacer en ese instante. Pero, aunque estaba agradecido de poder llegar a la estación de tren, la ira hacia el conductor me impedía orar.

Cuando llegué a casa, llamé a mi madre, una experimentada Científica Cristiana, para pedirle que orara conmigo. Ella compartió conmigo varias ideas de la Biblia, artículos de las revistas de la Ciencia Cristiana y una de sus propias experiencias de curación relacionada.

Un versículo que me señaló fue: “Guárdame, oh Dios, porque en ti he confiado” (Salmos 16:1). Vi que podía confiar en Dios para mi seguridad, protección y salud. Razoné que, dado que Dios es la causa y el creador únicos, no había nadie que pudiera causar o ser responsable de un accidente. También me di cuenta de que Dios preserva universalmente a Su creación, e incluye a todos Sus hijos. Puesto que Dios me preservaba de cualquier daño, también debía estar preservando al conductor para que no causara daño ni hiciera mal.

En su Sermón del Monte, Jesús nos dice que amemos a nuestros enemigos. En esta situación, interpreté sus palabras en el sentido de que debía amar —y perdonar— al conductor. También entendí que yo había sido tan inocente como ese conductor cuando andaba en bicicleta por la montaña unos días antes. Yo no podía ser la causa de un accidente y no podía dañarme. Esa comprensión me permitió empezar a perdonarme a mí mismo también.

Temprano a la mañana siguiente, leí esta declaración de *Ciencia y Salud con la Llave de las Escrituras*: “Todas las criaturas de Dios, moviéndose en la armonía de la Ciencia, son inofensivas, útiles, indestructibles” (Mary Baker Eddy, pág. 514). Esto reafirmó mis oraciones de la noche anterior. Vi que el conductor no podía haberme hecho daño de verdad y, como expresión de Dios, solo podía hacer el bien y bendecir a los demás. Sentí que perdonaba totalmente al conductor y estaba libre de todo dolor físico y perturbación mental relacionada con ese suceso.

Por la misma lógica, sabía que no podía haberme causado daño a mí mismo mientras andaba en bicicleta, pero me resultaba difícil liberarme de la culpa. Todavía sentía algo de dolor por la caída en la montaña, pero las cosas mejoraban a medida que continuaba reconociendo mi inocencia espiritual.

Esa noche, mi madre me contó que había estado pensando en la historia bíblica de Sadrac, Mesac y Abed-nego. Los habían arrojado a un horno de fuego porque ellos insistían en adorar al único Dios. Pero esa misma adoración los protegió en el horno, y resultaron ilesos. Cuando salieron, todos vieron “a estos varones, cómo el fuego no había tenido poder alguno sobre sus cuerpos, ni aun el cabello de sus cabezas se había quemado; sus ropas estaban intactas, y ni siquiera olor de fuego tenían” (Daniel 3:27). Al aplicar esto a mi propia situación, vi que no podía haber efectos persistentes de mis experiencias recientes ni ninguna culpa asociada con ellas, para mí o para cualquier otra persona.

Recuperé rápidamente el uso completo de ambas piernas y no experimenté más efectos de ninguno de los incidentes.

Estoy agradecido por las oportunidades que he obtenido, a través de la Ciencia Cristiana, de seguir las enseñanzas de Cristo de manera práctica.

Ken Baughman

Natick, Massachusetts, EE. UU.

La amistad y la relación de trabajo son restauradas

Marisa Mónica Minatta

Apareció primero el 30 de junio de 2025 como original para la Web.Original en español

Desde que comencé el estudio de la Ciencia Cristiana en mis primeros años de Escuela Dominical, disfruto ponerla en práctica a las situaciones de la vida cotidiana. La Ciencia Cristiana me ha enseñado el amor y el cuidado de Dios para con todos Sus hijos. He sido testigo de esta verdad en diferentes ocasiones en mi vida.

Por ejemplo, recientemente vi la manera en que el cuidado siempre presente de Dios nos ayuda a experimentar orden y armonía. Soy profesora de nivel inicial y trabajo en equipo con otras colegas en una Escuela. Un día, inesperadamente, se suscitó una discusión entre dos compañeras por una situación laboral en la cual me vi involucrada. Una de ellas tenía expectativas diferentes sobre mi papel en esta situación en particular. No había actuado como a ella le hubiera gustado. Me sorprendió que me cuestionara y traté de explicarme. Mientras tanto, en mis pensamientos declaraba que Dios estaba con nosotras y que ninguna estaba separada de Su amor.

Horas más tarde, en casa, tuve fuertes puntadas en el pecho izquierdo, por lo que no podía permanecer sentada ni parada ni en ninguna posición. Sentí temor y mi corazón comenzó a acelerarse. Mi esposo, que también estudia la Ciencia Cristiana y ha comprobado el poder de Dios en su experiencia diaria, me dijo: “¿Qué estás aceptando?”.

Su pregunta me hizo darme cuenta de que me estaba engañando una mentira, porque sabía que Dios no era el autor de la enfermedad, el dolor o la desarmonía. Entonces comencé a orar con más fervor, apoyándome en las afirmaciones de la verdad que se encuentran en la página 468 del libro de texto de la Ciencia Cristiana, *Ciencia y Salud con la Llave de las Escrituras* de Mary Baker Eddy. Esta página incluye “la declaración científica del

ser”: “No hay vida, verdad, inteligencia ni sustancia en la materia. Todo es la Mente infinita y su manifestación infinita, pues Dios es Todo-en-todo. El Espíritu es la Verdad inmortal; la materia es el error mortal. El Espíritu es lo real y eterno; la materia es lo irreal y temporal. El Espíritu es Dios, y el hombre es Su imagen y semejanza. Por lo tanto, el hombre no es material; él es espiritual”.

Minutos después, al sentir algo de la verdad de esta declaración, pude descansar. Durante la noche, cada vez que me despertaba y sentía una leve molestia, declaraba que Dios es Espíritu y perfecto y que yo reflejo esa perfección divina. Sentía que había actuado correctamente en la situación laboral y no podía haber ninguna consecuencia negativa por hacer lo correcto.

De camino al trabajo, al día siguiente, seguí orando, reconociendo que iba a encontrarme con la hija de Dios, porque esa era la verdadera identidad de mi colega como imagen de Dios, como dice la Biblia. Al verla de esta manera, no me sentí enojada con ella. En cambio, me vino al pensamiento este pasaje de Proverbios: “En todo tiempo ama el amigo, y es como un hermano en tiempo de angustia” (17:17).

Cuando estaba llegando, comenzaron nuevamente las fuertes puntadas en el mismo lugar, así que pedí ayuda por medio de la oración a una practicante de la Ciencia Cristiana. Ella oró muy amorosamente por mí y me ayudó a entender que la aparente molestia era irreal porque era desconocida para Dios; que no podía estar herida porque Dios es el único poder o influencia; y que lo único que podía sentir era la paz de Dios dondequiera que estuviera. Al comprender esto, todo el miedo desapareció, y también el dolor, inmediatamente. Y no ha vuelto.

Cuando entré a mi lugar de trabajo y me encontré con mi compañera, sentí un profundo amor por ella. Cuando me vio, me saludó con mucho cariño, y hablamos naturalmente. Esta experiencia me ayudó a entender que jamás había sido herida por nadie. Nuestra relación laboral sigue siendo armoniosa y disfrutamos trabajando en equipo, lo que también ha fortalecido nuestra amistad.

Esta fue otra oportunidad para comprobar el cuidado amoroso de Dios por nosotros y confiar en que Él siempre responde a nuestras oraciones.

Marisa Mónica Minatta

Buenos Aires, Argentina

Sanado paso a paso

Jack Kavanagh

Apareció primero el 22 de septiembre de 2025 como original para la Web.

En 2020, comencé a tener un dolor punzante en la pierna. Era un ávido mochilero, así que esto fue deprimente para mí. El dolor no me permitía moverme con facilidad y pareció coincidir con los efectos paralizantes que el cierre por Covid tenía en el mundo. Una practicante de la Ciencia Cristiana había estado orando conmigo, pero la situación no había cambiado significativamente. Al sentarme más y caminar menos, evitaba el dolor, pero no superaba la condición subyacente. El alivio temporal es útil, pero no es sanador. Aun así, no me desanimé.

Como esto coincidió con los cierres por Covid, se me ocurrió realizar cada semana eventos de viajes virtuales con amigos excursionistas. Esto pareció como una idea divinamente inspirada, y todos fuimos bendecidos por la camaradería. También salimos de nuestras zonas de confort dando presentaciones. E hicimos planes para el futuro cuando las cosas se abrieran y fuera más fácil viajar. Espiritualmente hablando, al cuidarnos unos a otros y vencer el miedo a hablar en público, no perdimos nada.

En 2022, durante un tiempo de estudio espiritual y oración, me sentí divinamente guiado a mantener mi mente abierta sobre mi próxima aventura de senderismo. Esto requirió un gran salto de fe en Dios, ya que todavía no podía caminar con comodidad. Media hora después, llegó un correo electrónico de un

amigo invitándome a unirme a un grupo de Científicos Cristianos para un viaje de alpinismo de una semana que comenzaría tres meses después. El objetivo era ir de mochilero a un campamento base y luego escalar una montaña de más de cuatro mil seiscientos metros.

Me inscribí, pero a medida que se acercaba el viaje, todavía no podía caminar normalmente. Una conversación con la practicista me ayudó a ver lo que parecía estar impidiendo que me sanara: Primero, temor al dolor y, segundo, temor a estropear el viaje para los otros excursionistas. “¿Cuáles son las dos cosas que Dios no hizo?”, me pregunté. “Dolor y miedo”, fue la respuesta. Como escribe Mary Baker Eddy en *Ciencia y Salud con la Llave de las Escrituras*, “Dios es Mente: todo lo que la Mente, Dios, es, o ha hecho, es bueno, y Él hizo todo” (pág. 311). Esta clara declaración de hechos espirituales refuta la noción de dolor, porque si todo lo que realmente podemos experimentar es Dios, el bien, y Sus pensamientos, entonces lo opuesto, el mal — incluido el dolor — no puede ser real.

A medida que se acercaba la fecha de inicio de la caminata, preparé mi equipo y comencé el viaje de 17 horas en coche hasta el punto donde se reuniría el grupo. Todavía tenía dudas sobre si era prudente hacer este viaje. Pero luego recordé la inspiración respecto a estar abierto a mi próxima aventura de senderismo. También oré con uno de mis pasajes bíblicos favoritos: “Confía en el Señor con todo tu corazón, y no te apoyes en tu propio entendimiento. Reconócele en todos tus caminos, y Él enderezará tus sendas” (Proverbios 3:5, 6, LBLA). Bueno, ¡caminaríamos por muchas sendas!

Una vez en las montañas, llamé a la practicista desde el último lugar donde podía obtener una señal de teléfono celular confiable. Ella me aconsejó que orara a cada paso del camino. También me pidió que memorizara esta certeza de *Ciencia y Salud* (haciendo referencia a una promesa bíblica de los Salmos): “Paso a paso, aquellos que en Él confían hallarán que ‘Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones’” (pág. 444).

Cuando comencé la caminata, oré a cada paso, sabiendo que, si Dios no causaba dolor, entonces no podía manifestarse en mi experiencia. Di el primer paso y

luego el siguiente sin dolor. La caminata del primer día fue corta, y mientras caminaba y oraba, logré quedarme con el grupo. El camino del segundo día fue más largo y empinado, pero seguí orando mientras caminaba y no sentí ningún dolor. En cuanto al temor, los otros excursionistas fueron tan amables y atentos que me di cuenta de que no podía hacer nada para estropear su experiencia. Tuvimos una semana maravillosa afuera en la naturaleza: Cada vista era como un recorrido por la galería de arte de Dios: llena de belleza, alegría y grandeza. Llegar a la cima de la montaña fue realmente edificante.

Después de regresar al campamento base, nos sentamos alrededor de la fogata y compartimos la gratitud y los aspectos más destacados de la caminata. Hasta ese momento no les había contado a los demás sobre el desafío por el que había estado orando. Uno comentó: “Amigo, lo lograste”, y otro señaló que ¡yo había llegado a la cima de la montaña antes que él! La curación fue tan completa que un mes después regresé a las montañas y ¡escalé otros cuatro mil! Me mantengo completamente ágil y sin dolor, y sigo orando a cada paso del camino.

Jack Kavanagh
Carrollton, Texas, EE. UU.

Protegida durante el embarazo y el parto

Tricia Rickard

Apareció primero el 15 de septiembre de 2025 como original para la Web.

Al final de mi adolescencia, mientras luchaba contra un trastorno alimentario, mi ciclo menstrual se detuvo repentinamente. El trastorno alimentario desapareció mientras estudiaba profundamente la Ciencia Cristiana, pero mi ciclo no se reanudó.

Posteriormente, después de dos años de matrimonio, comencé a pensar que nunca podría tener hijos.

El tratamiento a través de la oración de diferentes practicistas de la Ciencia Cristiana, en distintos momentos, me ayudó a desarrollar un concepto más amplio y espiritual de la familia.

El anhelo de alcanzar un sentido más profundo de plenitud me llevó a tomar la instrucción de clase de la Ciencia Cristiana, un curso de dos semanas sobre la curación como la hacía Jesús, mediante la oración. Una tarde, mientras realizaba mi tarea de clase, me encontré con esta declaración en *Ciencia y Salud con la Llave de las Escrituras*, de Mary Baker Eddy: “Insiste mentalmente en que la armonía es la realidad, y que la enfermedad es un sueño temporal. Percibe la presencia de la salud y la realidad del ser armonioso, hasta que el cuerpo corresponda con las condiciones normales de salud y armonía” (pág. 412).

Me quedé con esa última frase, explorando cada palabra para obtener una comprensión más profunda de lo que significa estar plenamente consciente de la salud y armonía que Dios nos ha otorgado, las que se expresan eternamente en el hombre. No recuerdo cuánto tiempo estuve sentada deleitándome con esta idea, pero después sentí que algo había cambiado. Más tarde ese año, descubrí para mi alegría que estaba embarazada. Y después del nacimiento armonioso de nuestro primer hijo, mi ciclo menstrual regresó.

Cuatro años después, cuando esperábamos a nuestro tercer hijo, me dijeron que el bebé estaba en una posición extendida de nalgas y que el hospital quería que el bebé naciera mediante una cesárea. Mi esposo estaba en despliegue con la Marina Real, y yo me sentía un poco abrumada por tener que cuidar a dos niños pequeños, hospedar a visitantes del extranjero y enseñar música desde casa. ¡Esta noticia fue como la última gota que colmó el vaso!

No obstante, por teléfono, mi esposo compartió conmigo algunos pensamientos reconfortantes, incluido el hecho de que no hay separación de Dios, del bien, o de Su reino, que es donde realmente viven todos Sus hijos. Trabajé con un practicista para comprender que el desarrollo natural de la creación de Dios no podía ser obstruido.

También comencé a leer el último capítulo de *Ciencia y Salud*, titulado “Los frutos”, compuesto de cartas a la autora de personas que habían sido sanadas de todo tipo de problemas y condiciones simplemente mediante la lectura del libro. Esto me llevó a leer todo el libro yo misma, y me llenó de la convicción de que Dios es Todo, por lo que no hay otra causa o creador.

Eddy afirma: “La Ciencia no considera que el hombre sea un creador, y revela las armonías eternas del único origen viviente y verdadero, Dios” (*Escritos Misceláneos 1883-1896*, pág. 72). Esto me aseguró que todo el universo consiste en Dios, la Mente, y Su expresión infinita en un orden perfecto y hermoso, bajo la ley universal del Principio divino. Por lo tanto, todas las ideas de la Mente están correctamente posicionadas y responden con naturalidad a la ley de la armonía infinita de Dios.

Cuando comenzó el trabajo de parto, mi esposo estaba en casa. Fuimos al hospital y le explicamos al médico a cargo de nuestro caso que era nuestro deseo tener al bebé de forma natural, pero que no queríamos causarles ninguna preocupación o inquietud. El médico estaba muy feliz de dejar que las cosas progresaran de forma natural, pero dijo que nos monitorearía al bebé y a mí continuamente. (Otros médicos con los que había hablado durante el embarazo insistieron en que sería necesaria una cesárea.)

Mi esposo y yo compartimos con alegría la inspiración espiritual entre nosotros mientras continuaba el trabajo de parto. Cuando el bebé comenzó a emerger, me quedé con la última línea del Padre Nuestro: “Tuyo es el reino [el Todo], y el poder [el único poder y fuerza en operación], y la gloria [la hermosura, el gozo, la majestad y la victoria] por todos los siglos” (Mateo 6:13).

La partera que me atendió me ofreció algunos analgésicos, pero antes de que pudiera negarme y agradecerle, el médico a cargo dijo que claramente no era necesario, ya que el bebé estaba naciendo de una manera maravillosamente relajada y natural, incluso en posición de nalgas. Todos nos regocijamos juntos por el nacimiento de nuestra encantadora hija.

Al contrario de lo que a menudo se predice, no sentí fatiga después del parto. Regresé a casa más tarde ese

día, y continuamos apreciando estas líneas del Himno 144 del *Himnario de la Ciencia Cristiana*:

Ambiente de divino Amor
respira nuestro ser, ...
mantiene nuestra perfección
a imagen del Amor.

(H., adapt., © CSBD)

Al pensar en la experiencia, inicialmente me decepcionó que el bebé no se hubiera dado vuelta antes del nacimiento. Pero reconocí que se había aprendido una importante lección: que cualesquiera sean las circunstancias o cuán grave el pronóstico, la ley de armonía de Dios está siempre en operación; la situación física no necesita cambiar para ayudar a que esta ley funcione. Como cantamos en el Himno 216:

¡Aquel que solo en Dios confía
y encuentra en Él su protección,
amparo halla en Su ternura,
seguridad en Su amor.

(Georg Neumark, *Himnario de la Ciencia Cristiana*, © CSBD)

Tricia Rickard
Londres, Inglaterra

Anunciamos el lanzamiento de la Biblia en español en Concord por primera vez

La Oficina del Representante del Editor de los Escritos de Mary Baker Eddy

Apareció primero el 11 de noviembre de 2025 como original para la Web.

La Oficina del Representante del Editor de los Escritos de Mary Baker Eddy se complace en anunciar que, por primera vez, la Biblia *Reina Valera 1960* ya está disponible en la herramienta de estudio en línea Concord. Los usuarios de Concord pueden acceder ahora al Pastor de la Ciencia Cristiana en su totalidad, lo que hace que preparar lecturas para los servicios y reuniones de la iglesia sea más fácil que nunca.

Para más información sobre el uso de Concord, incluso cómo crear una cuenta gratuita, escribenos a concord-es@csp.com.

“Nunca ha nacido y nunca muere”

Mark Swinney

Apareció primero el 22 de diciembre de 2025 como original para la Web.

Para gran parte del mundo, el recuento del nacimiento de Jesús es, sin duda, el momento culminante de diciembre. La historia es muy hermosa, humilde y excepcionalmente inspiradora. Sin embargo, a pesar de lo grande que se vuelve la Navidad cada año, lo que Jesús le enseñó al mundo sobre la inmortalidad es muchísimo más trascendental.

En una ocasión, Jesús dio a una gran multitud este conmovedor consejo: “No llaméis padre vuestro a nadie en la tierra; porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos” (Mateo 23:9). El Mostrador del Camino nunca tomó la verdad de Dios a la ligera y tampoco quería que ninguno de nosotros lo hiciera. “No llames a ningún hombre tu padre”. ¡Uau! ¿Qué pasaría si, en la mañana de Navidad, Jesús estuviera sentado contigo junto a tu árbol de Navidad y dijera algo así? ¡Ciertamente cambiaría la dirección de la conversación!

Es obvio que se está refiriendo a nuestra existencia en y de Dios, nuestro Padre celestial. Para Jesús, la permanente existencia en Dios no solo lo definía a

él mismo, sino a todos. Dios, quien la Biblia revela es Espíritu y Amor, no incluye materia alguna. Para existir como creación del Espíritu, nuestra identidad individual debe reflejar el ser y la naturaleza de Dios.

¿Cuál es el resultado? Cada uno de nosotros vive actualmente en el universo espiritual de Dios que todo lo abarca; cada uno de nosotros prospera por ser hijos de Dios sin nacimiento y sin muerte, teniendo una identidad que, de hecho, carece de todo aspecto de la vida terrenal.

Es obra de Dios que existamos como Sus ideas —como ideas en la Mente divina— en lugar de como mortales. Las ideas son atemporales y carecen de nacimiento, de un comienzo. Como ideas de Dios, no tenemos moléculas, materialidad ni mortalidad. En cambio, en términos prácticos, existimos para siempre como reflejos espirituales de la belleza, la maravilla y la majestad de Dios.

Identificarnos como algo menor es no comprender quiénes somos realmente. Al definir al hombre de Dios, incluida su ascendencia, la Fundadora de la Ciencia Cristiana, Mary Baker Eddy, escribe: “El Espíritu es su fuente primitiva y última del ser; Dios es su Padre, y la Vida es la ley de su ser” (*Ciencia y Salud con la Llave de las Escrituras*, pág. 63).

A medida que avanzamos hacia el nuevo año, podemos hacer que sea una prioridad clara y específica pensar y orar profundamente sobre cómo existimos como descendientes de Dios sin nacimiento. Podemos permitir que la creación perfecta de Dios sea el fundamento de nuestra perspectiva general. Lo que Dios ha hecho es lo que amamos. Al honrar a Dios de esta manera, notaremos el poder y la confianza que sentimos.

Esos maravillosos sentimientos de poder y confianza son el resultado del Cristo. El Cristo es el mensaje amoroso de Dios que nos dice lo que es verdad acerca de nosotros mismos y de toda la creación de Dios. A fin de sanar y ayudar a las personas a comprender la verdadera creación, Jesús dependió de y encarnó la comunicación de Dios de la Verdad divina tan completamente, que el título de *Cristo* se adhirió a su nombre, y fue llamado *Cristo Jesús*. El Cristo está

operando siempre y en toda época. Es significativo que a esta época del año se le llame en inglés *Christmas*, derivado de “Christ” (Cristo), mientras que en español se la llama *Navidad*, derivado de la palabra “nacimiento”.

Mucho más que simples conceptos agradables, me resultaron muy útiles estos hechos sobre la existencia inmortal y sin nacimiento cuando oraba con mi familia después de que falleció mi esposa. Mientras escuchábamos en oración, Dios nos transmitió con mucho amor algo muy sorprendente. ¡Nos dijo que dejáramos de haber nacido! En otras palabras, de ahora en adelante debemos dejar de identificarnos con el nacimiento material.

Me di cuenta de que este autoritario mensaje no era solo para mí y mi familia, sino que se aplicaba a todos, en todas partes. El Espíritu dijo: “Deja de identificarte con la concepción y la identidad materiales. ¡Yo soy Dios, el único creador, y jamás establezco las cosas de esa manera!”. Hacer esto cambió toda nuestra perspectiva, brindándonos consuelo y revelando una nueva percepción de la Vida.

Nos dimos cuenta de que, si bien gran parte del mundo cree que la creación es el resultado de procesos fisiológicos dirigidos genéticamente, la verdadera creación es en realidad el fruto de Dios, el Espíritu divino y el Amor infinito. La creación de Dios, al ser ilimitada y libre de materia, es inmortal y está totalmente exenta de todos los aspectos del nacimiento biológico. La natividad de Jesús *refutó* esas leyes fisiológicas. Nacer de una virgen dio la evidencia indiscutible del origen espiritual del hombre.

La mayoría de las veces, la gente considera que la palabra *inmortal* significa que no muere. Y eso, sin duda, es exacto. No obstante, igualmente importante es el hecho de que *inmortal* también significa sin nacimiento. La Sra. Eddy descubrió que esto era cierto y escribió: “La Ciencia divina aleja las nubes del error con la luz de la Verdad, y levanta el telón sobre el hombre que nunca ha nacido y nunca muere, sino que coexiste con su creador” (*Ciencia y Salud*, pág. 557). Y a su familia le dijo una vez: “El hombre nunca comenzó a existir. Tú y tú y tú y yo somos uno para siempre. No hay más que un Principio, y a medida que aprendemos a

conocer [sus] ideas, llegamos a comprender el universo. No hay edad, no hay juventud. El hombre es tan viejo como Dios. Comprende esto y nunca envejeceremos” (*We Knew Mary Baker Eddy*, Expanded Edition, Vol. 2, p. 536).

Qué regalo de Navidad más práctico son estos pensamientos para reconocer la naturaleza eterna de las creaciones de Dios y liberarnos de la mentira del envejecimiento en la vida cotidiana.

Mark Swinney

Escritor de Editorial Invitado

EL HERALDO DE LA CIENCIA CRISTIANA

REDACTORA EN JEFE

ETHEL A. BAKER

REDACTORES ADJUNTOS

TONY LOBL, LARISSA SNOREK, LISA RENNIE SYTSMA

GERENTE DE OPERACIONES

PETER WHITMORE

GERENTE DE PRODUCTO

GRAHAM THATCHER, KARINA BUMATAY

PLANIFICACIÓN EDITORIAL Y DE CONTENIDO

GABRIELLA HORBATY-BYRD

CONTENIDO GENERAL Y PARA JÓVENES

JENNY SAWYER

REDACTORES

NANCY HUMPHREY CASE, SUSAN KERR, NANCY MULLEN,
TESSA PARMENTER, CHERYL RANSON, ROYA SABRI, HEIDI
KLEINSMITH SALTER, JULIA SCHUCK, JENNY SINATRA, SUZANNE
SMEDLEY, LIZ BUTTERFIELD WALLINGFORD

PRODUCCIÓN DE AUDIO

AMY RICHMOND; CARLOS A. MACHADO, TATIANNA PLEFKA

PRODUCCIÓN IMPRESA Y EN LÍNEA

GILLIAN LITCHFIELD, MATTHEW MCLEOD-WARRICK, NANCY
BISBEE, BRENDUNT SCOTT

DISEÑO

CAROLINA VILCAPOMA

EL HERALDO ES PUBLICADO POR LA SOCIEDAD EDITORA DE LA
CIENCIA CRISTIANA.